



Morir de opulencia

¿Imaginan una tortura consistente en hacerle comer bollos a una persona hasta que reviente? ¿Un jacuzzi en mitad de una chabola? ¿Una gallina alimentada con caviar? Pues el panorama alimenticio internacional no se aleja tanto de este absurdo.

Mientras 800 millones de personas sufren de sobrepeso en el mundo, otros 800 millones se acuestan todas las noches con hambre; Colombia tiene uno de los mayores índices de personas anoréxicas del mundo que conviven con un 20% de población subnutrida; los establecimientos de comida basura se multiplican por todo el mundo mientras que en los últimos 100 años se han perdido unas tres cuartas partes de la diversidad genética agrícola; cada cinco segundos muere un niño de hambre y uno de cada cinco niños en Estados Unidos es peligrosamente obeso; 10 millones de personas mueren cada año debido al hambre o las enfermedades mientras que el mundo produce comida más que suficiente para todos los seres humanos, sin olvidar que Latinoamérica produce suficientes alimentos como para alimentar tres veces a su población, según el último estudio del Banco Iberoamericano para el Desarrollo.

Si Ionesco levantara la cabeza se encontraría con una realidad mucho más absurda de la que retrataba en sus obras de teatro. Y es que la convivencia del hambre y la obesidad como problemas alimentarios de primer orden, así como la existencia del mismo número de obesos que de personas que sufren malnutrición, no deja de resultar descabelladamente paradójico.

Aunque se considera a menudo un símbolo de riqueza y abundancia, la obesidad suele ser un signo de nutrición deficiente. A medida que las poblaciones se desplazan de entornos rurales a urbanos, la alimentación a base de legumbres, cereales y raíces deja paso a otra con un contenido mayor de grasas y azúcares. Esto lleva a la obesidad, y con ella a un aumento del riesgo de cardiopatías, hipertensión, ataques apopléticos, diabetes y ciertos tipos de cáncer. La consecuencia es una paradoja trágica: los países que todavía siguen luchando para alimentar a gran parte de su población tienen ahora que hacer frente a los costes del tratamiento de la obesidad y las enfermedades graves relacionadas con ella.

Muchas de estas personas venderían su alma por conseguir una pastillita mágica que les permitiese hartarse a comer sin engordar. Las industrias farmacéuticas lo saben y por eso invierten muchos más dinero en productos de adelgazamiento y estética que en la investigación de enfermedades como la malaria que sigue matando a miles de personas cada año.

Así que mientras los gastos en sanidad aumentan problemas de salud debidas a una mala alimentación, más de la mitad de la carga de enfermedades del mundo se puede atribuir al hambre, la ingestión desequilibrada de energía o la deficiencia de vitaminas y minerales. En términos económicos, la obesidad cuesta dinero al Estado mientras que el hambre supone pérdidas incalculables de potencial humano y desarrollo social.

La obesidad infantil es una de las más preocupantes. La mezcla de una mala alimentación con una vida sedentaria frente al televisor, los convierte en blanco perfecto para la alta presión arterial, niveles elevados de colesterol en la sangre, tolerancia anormal a la glucosa y problemas ortopédicos. Además de tener que sufrir problemas sociales y psicológicos que desencadenan traumas y problemas de autoestima.

Al margen del debate estético y médico sobre la obesidad, existe una realidad que denota una muestra más de injusticia social. En este extraño mundo en el que la gente se muere por comer mal y en exceso, la paradoja de morir de opulencia cobra mucho sentido.

A estas alturas ya no vale la excusa de no saber cómo cambiar las cosas, las soluciones están ahí, las oímos repetidas veces al año cada vez que se publican los informes de la FAO, de la ONU o de las cientos de ONG que luchan contra la injusticia social.

Morir de opulencia

Contaba Stanislavsky que un día mientras realizaba un viaje en barco por un trayecto de gran dificultad le preguntó al capitán cómo era capaz de cruzar esa zona cuatro veces al día sin tener ningún percance. El capitán se limitó a responder que lo único que tenía que hacer era seguir el camino marcado. La ONU ha propuesto un camino, los Objetivos del Milenio, y las vías para alcanzarlos. Limitémonos a seguir el camino.

Fran Araujo

[CCS](#)



© CCOO SERVICIOS 2017

Logos y marcas propiedad de sus respectivos autores

Se permite la reproducción total o parcial de todos los contenidos siempre que se cite la fuente y se enlace con el original